

Orientaciones Económicas

LA DESOCUPACIÓN

LA desocupación es uno de los fenómenos económicos que reviste mayor gravedad en los tiempos actuales. Nos debatimos en medio de una crisis sin precedentes que se la califica de sobreproducción. Sin embargo, el mundo no está saturado, le falta muchísimo para ello o no lo logrará jamás. La miseria abunda por todas partes para que podamos creer en una sobreproducción general. Podríamos denominar más bien esta crisis como crisis de intercambio y así la distinguiríamos de una crisis por escasez de materias primas, que hoy por hoy no nos preocupa.

El estado de crisis se manifiesta por una desocupación mayor que la normal. Brazos desocupados han existido siempre, algo imposible de evitar como se verá más adelante. Nos referimos aquí a los desocupados contra su voluntad, ya que la desocupación voluntaria constituye una excepción. Son muy pocos los que renuncian a los halagos que pueden procurarse mediante una actividad lucrativa.

No puede hablarse pues, de una superproducción en sentido absoluto. Sólo relativamente hay sobreproducciones, cuando las diversas actividades no guardan las proporciones que le asigna el

poder consumidor universal. Si estas proporciones se respetan, la cifra de desocupados llega a un minimum. O en otras palabras, dentro de una buena organización de la actividad, cada hombre tiene oportunidad de trabajar lucrativamente, según sus capacidades. En los capítulos siguientes trataremos de demostrar este aserto e indicaremos lo que a nuestro juicio podría hacerse para orientar las actividades defendiéndolas de las perturbaciones a que están constantemente expuestas y que son, en primer término, las causantes de las crisis de desocupación.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO

Los conceptos de producción y consumo desempeñan un rol preponderante en estas materias.

Por medio de la producción útil el hombre hace que su capacidad de consumo se transforme en poder consumidor.

Llamamos producción útil a aquella que tiene aceptación dentro del consumo. Al mismo tiempo, debe llenar el requisito de ser intercambiable por valores superiores a su precio de costo.

La capacidad de consumo es prácticamente infinita, pero no puede ejercitarse mientras no se transforme en poder consumidor. Esta transformación la rea-

liza la producción útil, de tal manera que a una producción útil determinada corresponde un poder consumidor equivalente.

De paso podemos asimilar los conceptos de producción y consumo a los de acción y reacción. Tomemos una base sólida de sustentación capaz de resistir cargas enormes. Si la cargamos con un peso determinado, inferior naturalmente a su capacidad de sustentación, el equilibrio no se altera. En el contacto de la base con la carga se origina lo que se denomina reacción, cuyo valor es exactamente igual al que representa la carga (acción). La reacción es, en consecuencia, inferior a la capacidad de sustentación de la base. En esta comparación, la acción es la producción útil, y la reacción, el poder consumidor equivalente, inferior a la capacidad de consumo. Así pues, como para hacer nacer la reacción es menester ejercitar la acción, del mismo modo, para hacer nacer el poder consumidor es necesario desarrollar la producción útil.

Lo mismo, si se quiere aumentar el poder consumidor, es preciso aumentar la producción útil. Este aumento se ha logrado con el transcurso de los años, a medida que el hombre ha ido aplicando los conocimientos que le da la ciencia a la manufactura de herramientas, maquinarias, etc., lo que permite un rendimiento superior del trabajo humano.

No es aceptable entonces un estado grave de desocupación, que redunde en una menor producción, cuando precisamente lo que escasea es ésta para ir satisfaciendo mejor la capacidad de consumo.

No faltará quien pregunte al leer estas líneas: Todo esto estará muy bien, pero dígame Ud. a qué producción útil puedo dedicarme para salir de mi desocupación?

Le contestaríamos que directamente no podríamos indicarle nada concreto, pero que si las actividades se organizan racionalmente, no tendría por qué faltarle una ocupación lucrativa.

Desde luego, si analizamos al consumidor, notamos inmediatamente que a cada poder consumidor equivale una proporción determinada de los consumos y por lo tanto, de la producción, para satisfacer esos consumos. Esta proporción varía con las necesidades, con los gustos y caprichos y con el poder mismo de consumo del consumidor.

Tomemos, por ejemplo, un individuo cuyo poder consumidor (equivalente a su producción útil) lo avaluamos en \$ 200 por mes. Las necesidades de este individuo lo obligan a consumir, digamos, materias alimenticias por un valor de \$ 150 (el 75%). Le quedan entonces \$ 50 disponibles para objetos útiles y suntuarios. Si el promedio de la humanidad tuviera este mismo poder consumidor, las actividades tendrían forzosamente que distribuirse para producir un 75% de materias alimenticias, quedando el 25% de las actividades distribuidas en la producción de lo útil y lo suntuario.

Supongamos ahora que un individuo tiene un poder consumidor diez veces mayor, avaluado en \$ 2,000 por mes. Este individuo llena sus necesidades alimenticias, digamos, con los mismos \$ 150, pero, disponiendo de un mayor poder consumidor, aumenta sus gastos por este concepto y los hace subir a \$ 400. Destina entonces el 20% de su poder consumidor a materias alimenticias y le queda un 80% para lo útil y lo suntuario.

Del mismo modo, si el promedio de la humanidad tuviera este poder consumidor, las actividades deberían distribuirse como para producir sólo un 20%

de materias alimenticias, quedando el 80% restante para las actividades productoras de lo útil y lo suntuario.

Ahora bien, el poder consumidor varía incesantemente, ya por el incremento de la capacidad de producción en general, o por los cambios de gustos. Por lo tanto, la distribución de las actividades no puede ser fija e incesantemente, gran parte de los hombres están obligados a movilizarse de unas actividades a otras para llenar debidamente las proporciones que exige el consumo.

Simultáneamente, el desarrollo creciente de la capacidad de producción se siente obstaculizado por perturbaciones de diversa índole, cuya acción es a veces directa y a veces refleja.

Estas perturbaciones provocan cambios en la distribución de la actividad originando desocupaciones temporales, mientras los desocupados encuentran la nueva ocupación o mientras se trasladan a otros centros de actividad. Hay una cifra permanente en esta situación, pero si por cualquier circunstancia la cifra tiende a incrementarse, comienzan perturbaciones reflejas que abarcan mayor número de actividades, arrastrándose unas a otras. Se desorienta la actividad, se toman medidas que a veces son nuevos elementos de perturbación y así se va de tumbo en tumbo hasta que una rama cualquiera de la actividad logra sostenerse. Esta orienta a las demás y es capaz de dar origen a una era de resurgimiento.

Se dirá que contra ésto no hay remedio y que lo único procedente es dejar libre ejercicio a la Ley de la Oferta y la Demanda; y aun más, que todo lo que la contraría conduce a fracasos inevitables.

Estamos de acuerdo en que la Demanda orienta las Actividades, pero no siempre se manifiesta con claridad, ni

se dan a conocer las cifras de consumo que llenan el poder consumidor en un momento dado. Por ésto, sus órdenes tardan en cumplirse y producen perturbaciones que se acrecientan con las medidas desacertadas que se aplican, empeorando la situación.

De todos modos, la Ley de la Oferta y la Demanda concluye por orientar las Actividades y sirve al mismo tiempo de estímulo para el Progreso. Lo que resta por hacer es tratar que en lo posible sus dictados sean obedecidos, aeliminando de las perturbaciones que producen, las perturbaciones reflejas a que hemos aludido.

En los capítulos siguientes analizaremos algunas de las causas más sobresalientes de perturbaciones en la distribución de las actividades y después, indicaremos lo que a nuestro juicio debería hacerse para afrontar estas perturbaciones evitando el incremento de la desocupación permanente dentro de la interdependencia de las actividades.

LA GUERRA EUROPEA

Una de las más grandes perturbaciones de la actividad se originó con la guerra europea de los años 1914 al 1918. Los obreros europeos, que suministraban manufacturas de consumo en todas partes del mundo, abandonaron las fábricas para dirigirse al frente en calidad de combatientes, o a los arsenales productores de armamentos.

Los países neutrales se encontraron frente a una nueva demanda, la de los armamentos y otros productos necesarios para el consumo de los combatientes, productos que eran canjeados contra oro y contra pagarés.

Así, junto con la actividad de los combatientes, se desarrolló una gran actividad entre los neutrales, y éstos, imposi-

bilitados para conseguir las manufacturas europeas, dieron desarrollo a sus propias industrias buscando la satisfacción de sus necesidades.

La demanda de armamentos y provisiones para los combatientes se presentó con suma claridad y con un poder consumidor tan inmenso, que no fué difícil para los neutrales distribuir sus actividades dando cabida a todos los brazos disponibles.

Terminada la guerra, los combatientes volvieron a sus antiguas labores. Esta vuelta, imponía una nueva distribución de la actividad, en buenas cuentas, retrotraerla a una distribución análoga a la existente antes de la guerra. Pero, los neutrales no se encontraron dispuestos a desmontar las industrias que nacieron durante la guerra. No se resolvieron a perder la nueva situación adquirida. Aun más, con la experiencia adquirida y con el desarrollo dado a sus instalaciones, se sintieron fuertes para afrontar la lucha de sobreproducción manufacturera que se veía venir terminada la guerra. (Al hablar aquí de sobreproducción, conviene recordar que nos referimos a una sobreproducción relativa dentro de las proporciones que deben guardar entre sí las diversas actividades).

En un principio, la nueva lucha, trajo una gran demanda de materias primas y produjo, como consecuencia, una época de gran actividad general en la que el crédito desempeñó un papel preponderante, y se manifestó por un alza general de precios de aquellos artículos.

Por un lado, las materias primas subían a precios sin precedentes y por el otro, las manufacturas conservaban sus precios o tendían a la baja en medio de una enorme competencia industrial.

La desocupación debe haber comenzado en las actividades manufactureras, por

aquellas que cayeron rendidas frente a los altos precios de las materias primas y que no se encontraban en regiones adecuadas para la competencia. Los altos precios en las materias primas y el exceso de competencia en las manufacturas denotaba que en las actividades no se guardaba la proporción debida al poder consumidor de las postguerra. Posiblemente, muchos brazos de más hubo en las manufacturas que preferían jornales más bajos a los más altos que podían obtener en actividades de otras regiones.

En resumen, después de la guerra, las actividades no se distribuyeron en la proporción debida al poder consumidor. Entonces, aumenta la desocupación y sus efectos reflejos comienzan a repercutir en todas las actividades. Se produce, en la marcha de éstas, lo mismo que en una embarcación que oscila con fuertes vaivenes, cuando para restablecer su estabilidad, los tripulantes corren de babor a estribor, tratando de restablecer el equilibrio, poseídos de un pánico intenso.

PROTECCIONISMO

Las perturbaciones en la actividad que se manifestaron después de terminada la guerra dieron origen a una serie de medidas encaminadas a restablecer el equilibrio. Entre ellas podemos señalar al «Proteccionismo» apoyado en las ideas nacionalistas.

El objetivo que se persigue es el de proteger las industrias y manufacturas de una región dada contra la competencia dentro de la misma región de artículos similares producidos en el exterior. Así se trata de asegurar a los trabajadores contra la desocupación derivada de la caída de algunas industrias y manufacturas

que no pueden afrontar la competencia del exterior.

Mucho se ha discutido sobre proteccionismo y libre cambio y creemos que el tema en realidad está agotado. Se llega a conclusiones precisas al respecto, según desde qué punto de vista se considere la cuestión.

Para nuestro análisis, lo que nos interesa, es apreciar hasta qué punto el proteccionismo influye en la distribución de las actividades como fenómeno perturbador de ellas.

Establecido el proteccionismo en una región dada, se refleja la medida en otras regiones, disminuyendo la producción de los artículos que se elaboraban para la primera. De aquí nace un cambio de actividades provocando en los primeros instantes desocupaciones locales. Pero, aparte de estos trastornos parciales, se engendra una perturbación secundaria.

En efecto, el proteccionismo se traduce en un menor rendimiento del trabajo humano al efectuarse éste en condiciones menos ventajosas y con elementos menos adecuados que los existentes en las regiones que hacían la competencia de la región protegida.

Bajando el rendimiento del trabajo, baja el poder medio de consumo y es ésta una perturbación, como ya la hemos señalado en la distribución de las actividades.

Se ve pues, que aunque el proteccionismo puede justificarse en ciertos casos y por razones de otra naturaleza (falta de entendimiento entre las diversas regiones para el intercambio de sus productos, ayuda transitoria para desarrollar las actividades que se justifican en la localidad, por ejemplo), en el caso que nos ocupa, contribuye con su cuota a los elementos perturbadores

que desorienta la distribución armónica de la actividad.

RACIONALISMO

Desorientadas las actividades después de la guerra y en medio de una competencia formidable de las diversas manufacturas, tomó un gran impulso el racionalismo, que consiste en la concentración de la producción, disminuyendo la proporción de gastos generales; tiende a la producción en series, mediante el empleo de maquinaria más eficiente y mediante una división mayor del trabajo.

El racionalismo en sí, a la inversa del proteccionismo, contribuye a incrementar el poder productor y por ende, el poder consumidor de la humanidad, ya que el trabajo humano resulta más eficiente. Pero en su desarrollo provoca perturbaciones que originan medidas que en muchos casos ahondan el mal.

Sólo deseamos establecer que aunque el racionalismo es en principios un factor de progreso, al entrar en el juego de las actividades debe necesariamente provocar perturbaciones que deben ser afrontadas, no aisladamente, sino que en conjunto con todas las que venimos señalando.

EL MAQUINISMO

Ya hemos establecido que la Guerra europea fué un factor de enormes perturbaciones en las actividades y como, para afrontarlas, se desarrollaron entre otras, las tendencias racionalistas.

Ahora bien, el racionalismo, a su turno fomenta el maquinismo, que ocupa también una situación destacada entre los factores perturbadores de la actividad.

Se ha atacado en muchas ocasiones al

maquinismo, o sea, a la introducción de maquinarias que se presenta desplazando al brazo del obrero y creando una desocupación de inmediato. Se ha llegado hasta recomendar en ciertas localidades el rechazo franco de la maquinaria, y lo que es más admirable aún, por los mismos obreros que trabajan en competencia con industrias y manufacturas similares, que gracias al empleo cada vez más perfeccionado de sus máquinas, van conquistando el mercado universal.

El maquinismo, a la vez que introduce una desocupación en una localidad, provoca una demanda de brazos en otra. Un ejemplo nos batará para demostrar este aserto.

Si un agricultor en Chile reemplaza, digamos, diez arados arrastrados por bueyes y con sus respectivos labradores, por un tractor accionado con bencina, que es capaz de hacer el mismo trabajo en el mismo tiempo, se produce en el primer instante la desocupación de 9 labradores, en el supuesto de que uno de ellos queda a cargo del tractor.

Ahora bien, el hecho de que el agricultor adopte esta maquinaria, implica una mayor demanda de tractores a la fábrica que los produce, una mayor demanda de bencina y un incremento en el acarreo de estos artículos hasta el lugar de su consumo. En general, intervienen numerosos brazos en otras localidades, sin los cuales, el agricultor no podría emplear un tractor. Por lo tanto, en aquellas localidades, por el sólo hecho de que los agricultores cambien al maquinismo su sistema de trabajar la tierra, se produce una demanda de brazos para abastecer las nuevas necesidades.

La dificultad estriba en que nuestros primeros nueve hombres no afluyen inmediatamente a los lugares en donde

se produce la demanda de brazos y se quedan, a la espera de una oportunidad, en las vecindades de la región donde habitan. Así se produce una desocupación local de inmediato que, como todas las demás, da origen a perturbaciones reflexas.

En el hecho, las cosas no suceden tan sencillamente como las hemos expuesto. No está de más señalar algunas de las circunstancias que rodean el caso. Siguiendo con el ejemplo del agricultor, parte de los nueve desocupados podrían encontrar trabajo en las minas de hierro del país, que tendrían una mayor demanda por la mayor fabricación de maquinarias, parte en la industria nacional para atender a la mayor demanda del agricultor, quien dispondría de mayores utilidades con el empleo de su tractor, parte en la distribución de la bencina en el país, desde que habría mayor consumo de este artículo, y así, en numerosísimas actividades que indirectamente tienen relación con el empleo de tractores. El agricultor, no teniendo ahora necesidad de emplear 10 o 20 bueyes para la aradura de su tierra, los reemplazados con el tractor, dispondría de los terrenos que destinaba a la alimentación de estos animales, para otros cultivos, cuya exportación podría compensar con creces, la importación del combustible y la maquinaria. Y si después de todo, el empleo de los tractores en cuestión aumenta la capacidad de exportación del país, éste cuenta con mayores recursos para emprender obras de bienestar general que facilitarían la ocupación de los que quedaron desplazados de inmediato por la adopción del tractor.

De lo expuesto se desprende que el empleo de maquinarias, simultáneamente con desplazar brazos en una industria determinada, produce una demanda en otras que tienen que atender a nuevas

necesidades (construcción, combustible, mantenimiento y accionamiento de la maquinaria). Crece la capacidad de producción, por el mayor rendimiento que da al trabajo la máquina, y por lo tanto se acrecienta el poder consumidor.

A la inversa, imaginemos por un momento que se aboliera el empleo de maquinarias en la fabricación de agujas de coser. Su fabricación a mano o con elementos primitivos, exigiría la ocupación de numerosísimos brazos, y para llegar a una producción aún bastante inferior al consumo actual de este artículo, de primera necesidad, habría que restar un inmenso número de brazos a otras manufacturas. De aquí resultaría, aparte del encarecimiento del artículo por la menor eficiencia en su elaboración, un descenso notable en la capacidad de producción de la humanidad, y por ende, de su poder consumidor. Esto último se manifiesta claramente por el hecho, de que al encarecer las agujas, del poder consumidor de cada individuo que necesite emplearlas, tendría que destinar mayor cuota a este artículo, quedando entonces una diferencia menor para sus demás necesidades y gustos.

Se ve, de lo expuesto, que la introducción de maquinaria, si bien provoca perturbaciones de inmediato, estas tienden a desaparecer a medida que las actividades se ajustan a las nuevas cuotas a que obliga su empleo mismo y a las que obliga el acrecentamiento del poder consumidor con la mayor eficiencia que la maquinaria da al trabajo.

La introducción de los automóviles en el acarreo urbano obligó a nuestros cocheros al aprendizaje del mecanismo de estas máquinas, o sea, a un cambio de actividad en el mismo ramo. Simultáneamente, la supresión de los numerosos caballos que empleaban los coches del servicio y de los particulares modificó

el cultivo de los campos al disminuir el consumo de forraje en el país, obligó a dar otro empleo a los locales destinados a caballerizas, paralizó casi totalmente la industria de fabricación de coches y en resumen, introdujo una serie de cambios en las actividades relacionadas con la locomoción urbana, resultando a la postre un mayor rendimiento en las actividades del país, pues la mayor velocidad de transporte del vehículo motorizado permite una mayor eficiencia en el trabajo; disminuye el tiempo que se pierde en el traslado de individuos o mercaderías de un punto a otro. La mayor eficiencia de traduce en un mayor poder productor dando margen a mayores sobrantes para la exportación.

EL TRABAJO DE LAS MUJERES

Otro aspecto de las actividades en los tiempos presentes es el aumento en el número de mujeres que se emplean en cargos que antes eran desempeñados casi en su totalidad por hombres. Desde el punto de vista de este estudio, el movimiento de las mujeres hacia las Oficinas tiende a aumentar el poder productor y consumidor de la humanidad. El trabajo más generalmente desempeñado por las mujeres en sus casas, costuras, tejidos, etc., pasa así a las fábricas en donde la labor es más eficiente por el empleo de maquinarias, por la división del trabajo y por la manufactura en serie.

Se dirá que las mujeres desplazan brazos masculinos de las Oficinas; pero aquí cabe aplicar lo mismo que hemos dicho en el capítulo anterior sobre el maquinismo. Los brazos desplazados deben engrosar las filas de las actividades restantes, guardando sí, debidamente la proporción para que no se produzcan sobreproducciones de artículos deter-

minados. Repetimos para este caso lo que ya hemos dicho, que el trabajo más eficiente de las mujeres procura un incremento de la producción mundial y por lo tanto del poder consumidor. Pero, mientras los hombres se distribuyen armónicamente en el resto de las actividades, se producen desocupaciones locales generadoras de crisis parciales.

OTROS FACTORES PERTURBADORES

Señalaremos aún otros factores que modifican la distribución de las actividades y que se deben a diversas orientaciones.

Se ha legislado sobre la jornada de trabajo fijando en un número determinado las horas de labor, atendiendo al bienestar de los obreros. Ya el aumento o la disminución de las horas de trabajo implican aumento o disminución de la producción, por lo tanto, del poder consumidor, obligando a una variación en la distribución de las actividades.

El exceso de intermediarios en la distribución de las mercaderías, es algo así como una desocupación disimulada a la cual se le dan recursos para su subsistencia con desmedro del rendimiento de la producción. Los intermediarios desempeñan un papel análogo a los gastos generales de un negocio. Para la mejor eficiencia de éste, es menester llevar la cuota de gastos generales a un mínimo. En todas partes se tiende a eliminar hasta donde es posible a los intermediarios, medida análoga a la racionalización, pero mientras se lleva a cabo la eliminación, se producen perturbaciones que originan desocupaciones.

El seguro obrero contra la desocupación es, sin duda, una medida previsor, pero no deja de presentar el inconveniente cuando se prolonga por un tiempo indefinido, de matar en parte el estímulo

para que los desocupados exploren el campo de las actividades y se ubiquen en una de sus ramas. Mientras más tardan en encontrar ubicación, más lenta es la recuperación del poder consumidor perdido con la desocupación y el progreso anda más lentamente con perjuicio en el mejoramiento del standard de vida.

Las variaciones artificiales que se introducen en el standard de vida provocan también perturbaciones por modificar la proporción de los consumos, ya que como hemos visto, a diversos poderes consumidores corresponden diversas cuotas en la distribución de las actividades. Mientras exista una interdependencia de las actividades, en cada región podrá haber un standard de vida que no puede ir más allá de lo que le permiten las condiciones de esa región. En el standard de vida comprendemos, no sólo lo que el hombre puede procurarse con el dinero de que dispone, sino también lo que le procura el medio en donde vive. (Pavimentos, alumbrado, servicios higiénicos, etc. de uso común).

Las variaciones en las contribuciones también son factores que influyen en la distribución de la actividad. Un Gobierno que ve acrecentar sus entradas, destina una parte importante del aumento a pagar actividades distintas de las que se habrían desarrollado si ese dinero se hubiera invertido directamente por los contribuyentes.

Se ve pues, que no puede decirse que la crisis de desocupación se debe a tal o cual factor determinado, sino que a un conjunto de factores que aisladamente provocan desocupaciones parciales y temporales, pero que no desaparecen, sino que varían en importancia. Su acción en conjunto provoca sumas y restas en la desocupación y de esta manera se suceden períodos de inflación que fatal-

mente engendran el período de deflación que le sigue.

Lo importante es, pues, encontrar el medio de contrarrestar las perturbaciones que se originan en la actividad, no oponiéndose a las buenas orientaciones de que nacen sino que buscando el medio de adaptarse lo más rápidamente a la nueva distribución exigida a la actividad.

EL ORO Y EL CRÉDITO

Antes de poner fin al análisis de los factores perturbadores más sobresalientes, queremos referirnos a la intervención del oro y del crédito en la desocupación.

Se dice, y las estadísticas lo comprueban, que la producción mundial del oro no se acrecienta en la misma proporción con que crece la actividad, de suerte que se prevén dificultades en el intercambio comercial en un futuro cercano. Se obstaculizaría el desarrollo de los negocios por la falta de moneda, produciéndose simultáneamente una restricción del crédito. Señalamos estas circunstancias como uno de los tantos factores de perturbación en las actividades, pero no somos de la opinión de que en los tiempos que corren, estando la actividad deprimida, se haga sentir la necesidad de arbitrar de inmediato medidas para compensar la escasez de oro. Por el momento, abunda el oro al estado de reposo, y sólo demuestran las bajas tasas de redescuento de los Bancos Centrales.

El crédito llena también una función muy importante en las actividades. Influye muy directamente en el desarrollo de éstas, pero, por lo mismo que no se ha ideado un mecanismo que lo distribuya armónicamente en todas sus ramas, se reducen desequilibrios con efectos si-

milares a los señalados en los capítulos anteriores. Puede observarse que el crédito se concede con mucha largueza en los períodos de inflación de los negocios para mostrarse muy avaro en los de deflación. Esta circunstancia es de por sí un factor perturbador que desorienta la distribución de las actividades dentro de las cuotas que les corresponden para atender al poder consumidor en condiciones satisfactorias.

ORIENTACIÓN DE LAS ACTIVIDADES

Hemos visto que para lograr cierta estabilidad en las actividades es menester que éstas se distribuyan, en un momento dado, *guardando las proporciones que se derivan del poder consumidor de ese momento*.

Hemos visto también que la demanda varía incesantemente, tanto por que varía la capacidad de producción, como porque cambian los gustos y en general debido a todas las perturbaciones que ya hemos señalado.

Finalmente, podríamos clasificar las perturbaciones en tres grupos, a saber: 1) Las debidas a la introducción de elementos u orientaciones que hacen más eficientes la producción (racionalismo, maquinismo, etc.); 2) Las debidas a los cambios de gustos (modas, artes, etc.); y 3) Las perturbaciones reflejas que originan las anteriores cuando las actividades no se adaptan rápidamente a la nueva distribución que estas últimas imponen (desocupación prolongada y creciente).

Lo que se precisa entonces es la creación de un mecanismo que oriente las actividades, aceptando las perturbaciones de los dos primeros grupos y que al mismo tiempo elimine en lo posible las perturbaciones reflejas.

Para lograr su objeto, el mecanismo

debe ser capaz de afianzar una rama importante de la actividad en tal forma que la deje a cubierto de las perturbaciones reflejas. En resumen, se trataría de un mecanismo compensador que ejercitara el crédito en una rama de la actividad sosteniendo su producción en los períodos en que baja la demanda a causa de perturbaciones reflejas o de carácter temporal.

Como todo crédito exige una garantía, es menester que la actividad elegida reúna condiciones que lo llenen satisfactoriamente. El crédito se otorgaría entonces contra productos de tipo definido, almacenables sin sufrir deterioro, de consumo asegurado, y de producción directa (esto último, en contraposición a los subproductos, cuya obtención es en cierto modo, ilimitable). El crédito debe llenar la condición de concederse en tal forma que limite la producción elegida a la capacidad máxima del poder consumidor *en el supuesto de que todas las actividades se desarrollan normalmente.*

Conseguido un mayor equilibrio en una de las ramas de la actividad, esta orienta a las demás viéndose frente a frente a una demanda que presenta condiciones especiales de estabilidad. Nótese de paso, que este crédito se concedería un tanto a la inversa de lo que se acostumbra, ésto es, se otorgaría en el período de deflación para anularse poco a poco a medida que las actividades resurgen.

EL MECANISMO ORIENTADOR

El razonamiento precedente hace sugerir la idea de la creación de un Banco Internacional regulador de la producción. Su capital podría formarse con un porcentaje de las reservas en oro de los Bancos Centrales de los países que se interesaran por entrar en el consorcio, o

con fondos que erogaran los Gobiernos respectivos.

El Banco Internacional adquiriría los stocks existentes, en el momento de iniciar sus funciones de los productos minerales simples y standarizados como cobre, estaño, zinc, plomo y en general los que reúnen las características de los señalados en cuanto a su producción directa (no entrarían sub-productos), en cuanto a su inalterabilidad mientras permanecen almacenados, y también en cuanto a su consumo asegurado como productos de primera necesidad.

Simultáneamente, fijaría el precio de adquisición de estos productos, calculándolos en tal forma que estos precios limiten la producción al poder máximo de consumo para un período dado, *en el supuesto de que las actividades van a desarrollarse normalmente.*

Para mayor claridad, seguiremos desarrollando estas ideas con un ejemplo. Supongamos que si las actividades se desarrollaran dentro de una normalidad satisfactoria, el poder consumidor en el período fijado fuera, para el estaño, de 180,000 toneladas por año. El Banco fijaría un precio de adquisición tal que lucrativamente no pueda producirse una mayor cantidad de estaño.

Supongamos que ese precio resultara ser £ 200 por tonelada. Querría decir que sumando la producción de todos los productores de estaño, *cuyo costo es inferior a £ 200*, no se excedería el total de las 180,000 toneladas por año, cantidad equivalente al poder consumidor de ese período.

¿Qué sucedería en la actualidad, en que el precio del estaño es sólo poco mayor de £ 100? Para responder analizaremos la situación: el inmenso número de desocupados ha hecho bajar el poder consumidor en cuanto al estaño concierne, de más o menos 180,000 toneladas que fué

en 1929 a algo así como 140,000 toneladas que fué en 1930. Este descenso del poder consumidor ha redundado en una sobreproducción de estaño; la sobreproducción ha hecho bajar su precio de venta; y la baja del precio de venta ha obligado a rebajas de jornales y a otras medidas tendientes a abaratar los costos. Han caído algunos productores, pero no el número suficiente para que la producción se limite al nuevo poder consumidor.

En estas circunstancias se presenta el Banco y ofrece adquirir el estaño a £ 200, (el precio que en circunstancias normales limitaría la producción a 180 mil toneladas por año). Se desarrollaría una actividad extraordinaria en las minas de estaño, se reabrían algunas de las caídas y como los costos de producción son más bajos que los correspondientes a una situación normal, de no intervenir otras circunstancias, la producción sobrepasaría en mucho las 180,000 toneladas que se perseguían.

Pero simultáneamente, al incrementarse los stocks con el estaño no consumible, entraría a circular el oro del Banco Internacional. Este oro, de manos de los mineros pasaría al resto de las actividades imprimiéndoles también un impulso extraordinario. Los desocupados irían tomando colocación y volverían muchos de los que habían acudido a las minas en condiciones desventajosas para alistarse en faenas más lucrativas derivadas de la circulación del oro. Entonces la producción de estaño, al desarrollarse en condiciones menos ventajosas de costos, tendería a decrecer a la cifra calculada de 180,000 toneladas.

Entretanto, el Banco habría incrementado su stock de estaño, pero después de algún tiempo los incrementos al stock irían disminuyendo hasta cesar

por completo. Más adelante, debido al incesante avance del progreso, el poder consumidor se vería acrecentado y es produciría una demanda de estaño superior a 180,000 toneladas por año. El Banco entraría entonces a suministrar el excedente entregándolo de su stock sin modificar el precio, evitando así el alza desmesurada del metal, pero avicinándose el stock a la cifra mínima aceptable para evitar fluctuaciones bruscas de precios, el Banco recalcularía para un nuevo período el precio de adquisición fomentando el aumento de la producción para cubrir lo más exactamente posible el nuevo poder consumidor.

Otro aspecto de la cuestión es el abaratamiento del precio de costo del mineral debido a los progresos de los procedimientos o a cualquiera otra circunstancia que sea favorable en este sentido. Supongamos, por ejemplo, que una de las minas, apoyándose en una buena cubicación de minerales, proceda a incrementar su producción. Esto haría que la producción total de estaño resultara más alta que la calculada para el poder consumidor del período. Esto obliga a que el Banco tenga presente y conozca todas las características de la industria protegida para que la fijación de sus precios sea equivalente al costo del que produce más caro dentro de los productores que llenan la necesidad del consumo.

Se desprende de lo anterior, que el Banco no puede fijar precios de adquisición inalterables. Se verá obligado a modificarlos de un período a otro, teniendo presente, por un lado la mayor demanda que nace del aumento de la capacidad de producción del resto de las actividades, y por otro, las características mismas de la producción minera en cuanto a sus costos. Pero lo importante

es que los precios se fijan para el poder consumidor correspondiente a un desarrollo normal de las actividades.

Este funcionamiento que en parte lo hace la ley de la oferta y la demanda, llevado a cabo por el Banco elimina gran número de perturbaciones reflejas. Hace variar los precios dentro de límites razonables y dispone de un stock como compensador o amortiguador para las perturbaciones que provocan cambios bruscos en la distribución de las actividades.

De este análisis se desprende, que el Banco al funcionar en las condiciones que dejamos expuestas en el ejemplo del estaño, llena los requisitos que ya hemos señalado. En efecto, concede créditos contra productos de obtención directa, requisito indispensable para que el precio limite la producción. Lo concede contra garantía en productos de composición simple y standarizados, tratando de cubrirse contra las variaciones del gusto. Y lo concede contra productos de primera necesidad e inalterables, con lo cual su stock está menos expuesto a depreciaciones.

El Banco no se opone a la Ley de la Oferta y la Demanda, por cuanto no interviene en el cambio de gustos, no obliga a consumos determinados, no monopoliza una producción ni mata el estímulo en la rama de la actividad que queda en contacto directo con él. Tendrían que ponerse de acuerdo todos los mineros del mundo para no introducir perfeccionamientos en sus sistemas de trabajo, si se dijeran que éstos provocarían la baja del precio de venta de sus productos. En la práctica esto no puede pasar porque equivaldría a que los productores de bajo costo estuvieran sosteniendo a los de costos altos, lo que no es concebible dentro de la idiosincrasia del hombre. Y aun más: el descuido en el abaratamiento de los

costos hace nacer al sustituto. El Banco, por el contrario, estimula el progreso alejando o destruyendo las perturbaciones reflejas que entraban su marcha.

Conviene llamar la atención hacia el movimiento del crédito particular que se iniciaría orientado por el crédito del Banco. El oro empozado en los períodos de crisis, encontraría una colocación más clara y menos peligrosa en el instante en que las actividades comienzan a resurgir y ayudaría con su acción al objetivo que persigue el Banco.

En cuanto a la importancia de la actividad minera como sustentadora del resto de las actividades, puede decirse lo siguiente: de ser nula y sin objeto, como cualquiera otra que se eligiera, cuando las actividades generales son satisfactorias, cobra importancia desde cierto grado de desocupación llegando hasta impedir que la depresión de las actividades vaya más allá de cierto límite. Esto mismo puede apreciarse considerando que a mayor depresión general de los negocios, mayor es la cantidad de oro del Banco Internacional que entraría a circular por intermedio de la actividad compensadora, en razón del mayor sobrante de su producción.

Mayores consideraciones podrían hacerse a este respecto, pero preferimos no fatigar al lector, ya que con lo expuesto, aunque suscintamente, queda en situación de llenar los vacíos de nuestras explicaciones, tanto en ésta como en las demás materias de este estudio.

Simultáneamente, el funcionamiento de un Banco, como el que hemos descrito en líneas generales, puede dar la clave para la resolución de otros problemas que hoy preocupan a la humanidad. Facilitaría, por ejemplo, el empadronamiento de una moneda común a todos los países lo que ayudaría a su turno, a hacer practicable la idea de algunos

economistas que recomiendan variar periódicamente el contenido de oro de la moneda a fin de regularizar en lo posible su poder adquisitivo. O también, el Banco podría ver modo de suplir las deficiencias en la producción del oro emitiendo billetes contra productos, realizables como los que se han señalado, tal como lo hacen los Bancos Centrales al operar con redescuentos.

Y así se podrían enumerar otros subproductos del Banco pero que no son del resorte de este estudio, como tampoco los pormenores de su organización tal como sede, capital, forma de dirección, etc. Los técnicos bancarios son los indicados para estas tareas.

Podrá tachársenos de ilusos si se con-

sideran nuestras conclusiones desde el punto de vista de su practicabilidad. Pero, a nuestro juicio, toda idea puede llevarse a la práctica cuando se llega al convencimiento de que su aplicación produce los frutos que se persiguen. La necesidad obliga a los hombres y a gobiernos a respetar las bases del funcionamiento de todo organismo benefactor, sin lo cual, el fracaso se produce inevitablemente reflejándose muy pronto en los mismos que lo provocaron.

Creemos que estas ideas merecen despertar interés, y aunque sólo sirvieran de alguna orientación para afrontar las perturbaciones que retrasan el progreso e incrementan la miseria, habríamos llevado a cabo una producción útil.